

PRÓLOGO

La Mesa Coordinadora de Gremios en Lucha de la primera mitad de los años 70, en Córdoba, Argentina, surgía desde la idea, los hechos y la acción, para concretar una organización que permitiera mantener y ascender en el nivel combativo. En su crecimiento, casi silvestre, los marcos ideológicos y partidarios debían amoldarse a un mandamiento riguroso: la unidad en la acción.

El principio unitario fue muy cuidado para garantizar la movilización permanente. Se pretendían evitar las trabas interiores producidas por los posicionamientos partidarios o más bien las actitudes sectarias y divisionistas que pudieran lastimar el seno mismo de la organización. Esa plasticidad política aplicada paso a paso, fraguaba en más solidez organizativa a la vez que perfilaba la identidad del colectivo.

Era notable observar cómo se daba la conciencia de clase en la militancia espontánea, que primero no incluye la organización y luego la torna imprescindible para contener y fortalecer a los principiantes.

En contraste con otras situaciones y contextos, por ejemplo los europeos, no se daba el orden teórico establecido que sentencia que desde el partido se genera la organización de la clase, tras ello la difusión de la idea y, en los hechos, la acción movilizadora dentro de un marco estratégico ya presupuestado.

Factor determinante de carácter ideológico-político fue el Cordobazo, rebelión urbana de mayo de 1969

en la que durante dos días se respiró la derrota de la represión estatal y el dominio del espacio ciudadano en forma total para expresar la bronca de los de abajo. De súbito comenzaron a reverdecer las tapadas ideas sobre la independencia de la clase obrera. El *clasismo* bañaba todas las consideraciones, posiciones y acciones que se llevaban a cabo en cada reunión, en cada asamblea de fábrica.

El *clasismo* en la Argentina de los años 60/70 fue lo contrario a la conciliación de clases como ideología. La supervivencia del peronismo y su proyecto nacional burgués de desarrollo independiente de los dos grandes polos, se traducían en consignas populares y sindicales de la burocracia dirigente: “ni yankis, ni marxistas, peronistas”.

El proyecto nacional burgués incluía la mejora de la condición objetiva de la clase obrera y los sectores más postergados del campo y la ciudad pero, eso sí, sin cuestionar la propiedad privada de los medios de producción, ni los mecanismos opresores de las clases dominantes, sean éstos los democráticos o los no constitucionales. Tampoco cuestionaba las maniobras ilegales como los golpes de estado que los militares recurrentemente utilizaban para recambiar el aparato gobernante. Desde 1930 la historia política iba desde el centro conciliador hasta la derecha revanchista y golpista, para volver al centro que se expresaba en los dos partidos mayoritarios, el peronismo y el radicalismo, enfrentados pero uno y otro sostenedores del modelo capitalista.

El *clasismo* por lo tanto es una resultante de la ausencia prolongada del peronismo proscrito (Perón fue depuesto por una asonada militar en 1955), y del fracaso del radicalismo como gobierno que nunca fue bien visto por los sindicatos y la mayoría obrera que también profesaba un acendrado repudio hacia los militares.

La medicina brutal de los generales consistía en mucha represión, violencia, cárcel y persecuciones sin moderación aplicadas en las crisis recurrentes del sistema económico en Argentina. Las recetas instrumentadas eran las más liberales de los mandantes del capital concentrado nacional y extranjero y se resumían en las recomendaciones impuestas por el FMI y el Banco Mundial.

En 1966 se consolida la hegemonía del imperialismo norteamericano y el capitalismo salvaje somete con dureza a los desposeídos, a los marginados y explotados que reaccionan reclamando lo suyo. En ese límite los partidos tradicionales se muestran desnudos de representación, porque evidentemente no sirven para salvar ni siquiera las reformas progresistas que alguna vez impulsaron.

Entonces se pasó rápidamente de la reivindicación gremial por salarios y empleos dignos a un proyecto liberador social y nacional. Pequeños sindicatos de empresa, direcciones de gremios intervenidos, agrupaciones de base y activistas independientes confluyeron entusiastas en organismos representativos que respondían directamente a las asambleas

autoconvocadas. La trama natural de la clase trabajadora fue creciendo en los caminos que a sí misma se trazaba y que aspiraba a la coordinación de los diferentes gremios movilizadas. La existencia de las Coordinadoras debería ser considerada como un episodio intenso y singular. Al afán de inmediatez que embargaba las conciencias se ligaba la "certeza" de que el devenir histórico prefiguraba el poder revolucionario o que su momento había llegado.

Quizás la Mesa Coordinadora de Gremios, o Mesa de Gremios en Lucha, sea un hecho mínimo, quizás se mezcle con el granulado de la historia y se confunda siendo difícil encontrarlo nítidamente. Esa molécula de la historia social y política de Argentina, y más concretamente de Córdoba, es como si después se hubiera disuelto y evaporado. Tan singulares hechos es lo que Rafael Flores rescata en este libro.

Pasión y Caída trabaja como la llave que abre paso al interior de un ámbito donde están muchas de las claves históricas que explican la actualidad política de la Argentina en este siglo veintiuno en el que se mantienen las miserias renovadas junto a la injusta y atrabiliaria opulencia.

Hasta ahora lo objetivo. Pero la subjetividad del autor no queda ahí detenida y en su análisis deja subrayadas importantes cuestiones que en este prólogo es conveniente destacar:

En primer lugar, el hilo de la historia argentina va desde la conquista española a la independencia del poder colonial a principios del siglo XIX. De ésta a la llamada Campaña del Desierto del ejército regular iniciada en 1878 contra los pueblos originarios (llamados indígenas) y el posterior establecimiento de las oligarquías que se apropiaron de enormes y fértiles territorios. Los oligarcas continuaron sin permitir la diferencia, ni en la raza, ni en la cultura, ni en las ideas, ni en los recursos que nunca estuvieron dispuestos a compartir. Para los poderosos la polémica se acaba exterminando al otro, como hicieron, y siguen haciendo, los absolutistas de cualquier tendencia y época. De ahí el recuerdo en el libro de las proclamas que los torturadores argentinos hacían ensalzando la Alemania nazi.

En segundo lugar el libro plantea si fue un error no haberse trasladado a tiempo de escenario y organizar cuadros clandestinos abrigados en mínimas unidades de resistencia y mantenimiento para evitar caer en manos de los exterminadores que causaron la desaparición de treinta mil personas y miles de víctimas más. También se señala el error estratégico de no haber antepuesto tajantemente en todas las luchas obreras la defensa de los derechos humanos habiendo personas desaparecidas. Rafael Flores se pregunta si de no haberse dado estas equivocaciones las cosas hubieran ocurrido de otra manera.

Si bien el autor apunta en el Epílogo que sus páginas no están escritas a la manera “objetiva” convencional, estas reflexiones de quien fue víctima directa de la dictadura se convierten en ideas a tener en cuenta por cualquier persona que pretenda entender cómo se desarrollaron los hechos en ese período y que 32 años después se empiezan a juzgar y sentenciar, aunque sin conseguir de los condenados siquiera el reconocimiento de sus crímenes.

Norberto Burni¹
Córdoba, mayo de 2008

¹Norberto Burni ingresó en 1964 en Luz y Fuerza, el sindicato que afilia a los trabajadores de la empresa de electricidad de Córdoba. Desde entonces fue actor y testigo hasta que en 1975 es perseguido y obligado a exiliarse clandestinamente en el interior de Argentina. Actualmente continúa siendo activista, Delegado y luchador del mismo sindicato. Es asesor en materia de Política Energética y escribe una columna especializada en el periódico semanal ELECTRUM.

